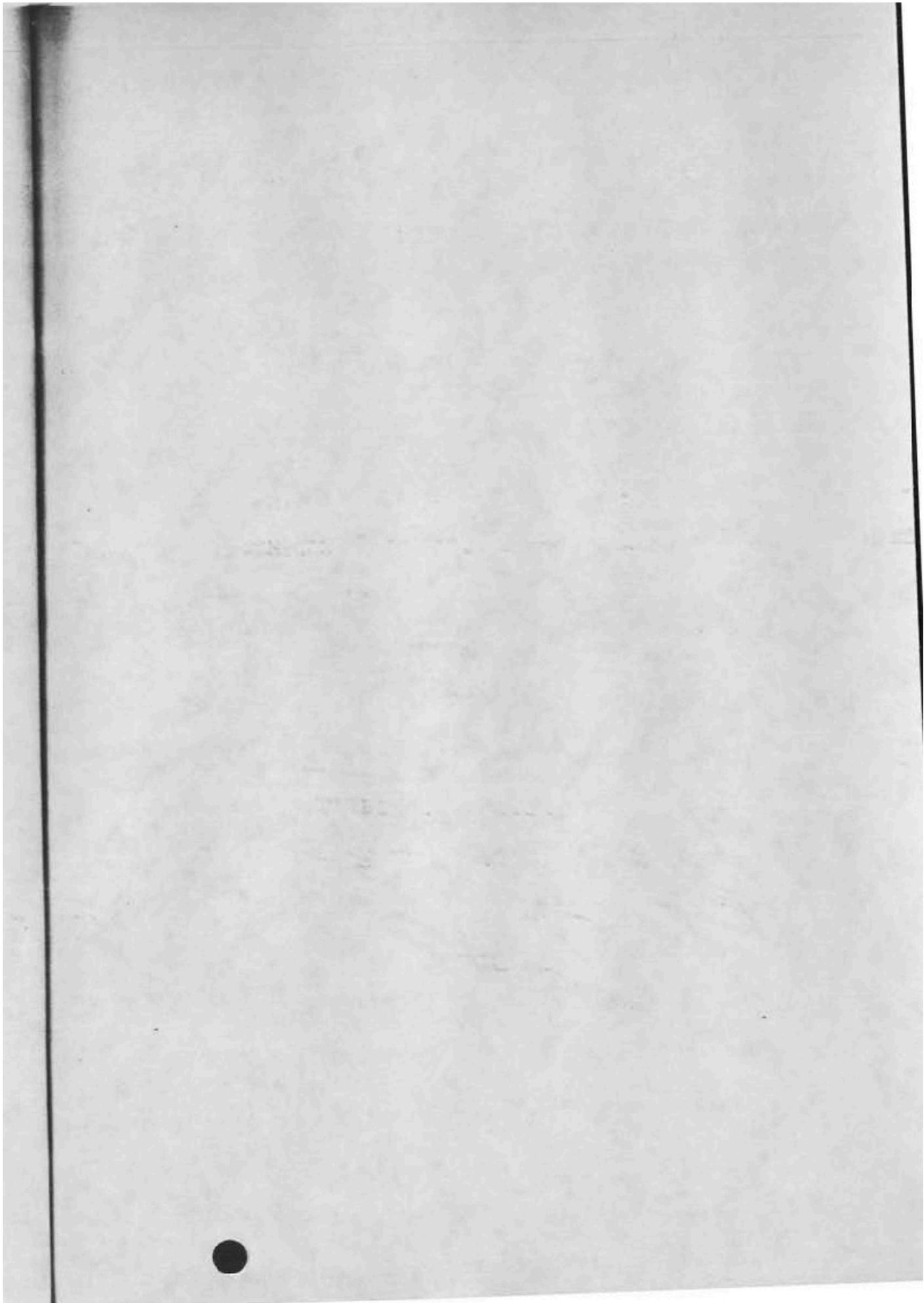


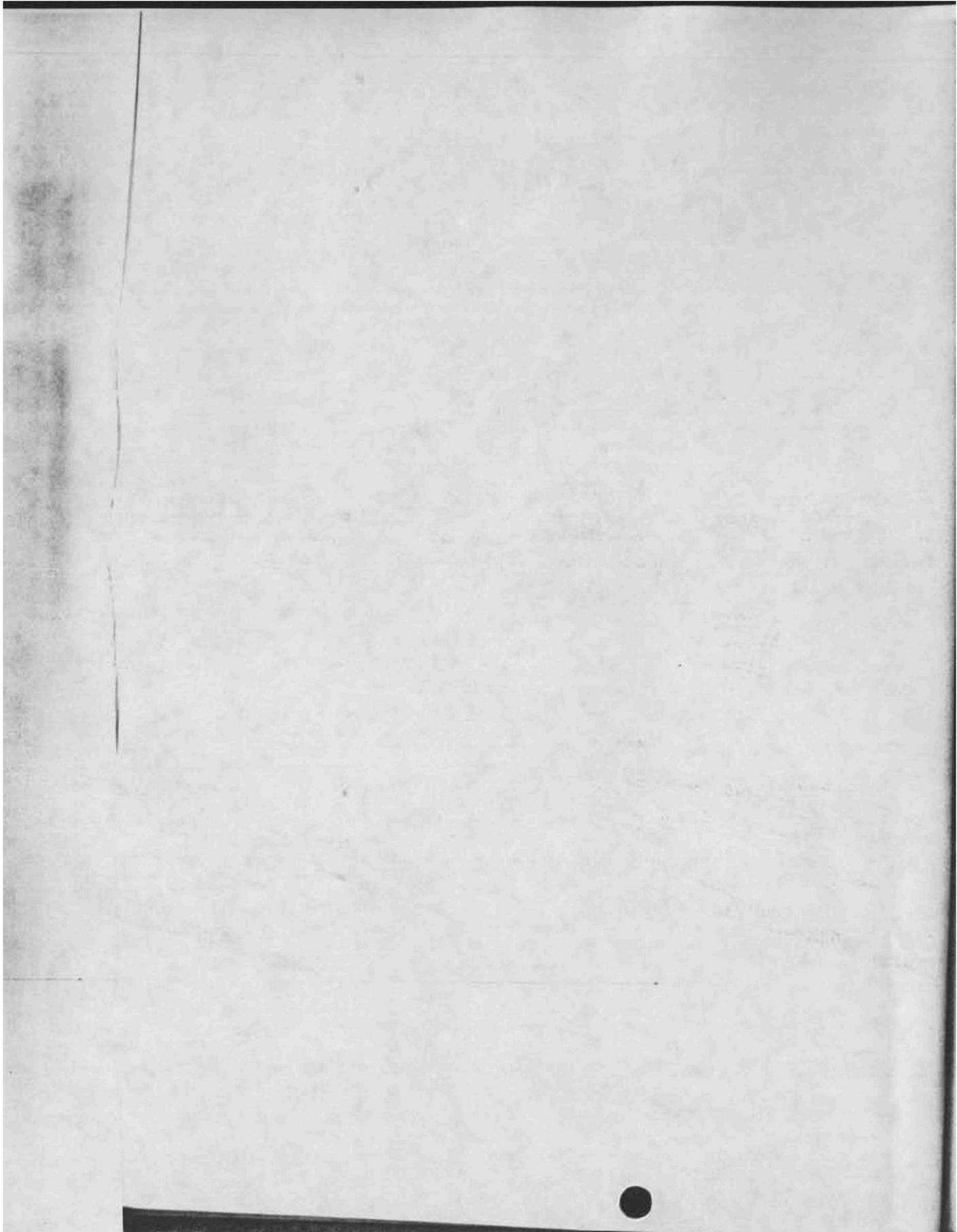
EL AMOR PLATONICO  
EN LA CORTE DE LOS CALIFAS



ספר השואה

מן

וי' יונה בן גנאה



## El amor platónico en la Corte de los Califas

Hacé muchos siglos de esto. Era en Córdoba, la gentil ciudad andaluza. Día de fiesta. La gente se dirigía pausadamente a cumplir sus deberes religiosos, y, contrastando con grupos que charlaban alegres, veíase a un hombre callado y taciturno, a quien todo el mundo miraba, pero a quien nadie dirigía la palabra: hubiérase dicho que era un cadáver viviente, una sombra o fantasma que deslizara sus penas o castigo por entre la muchedumbre que hormigueaba en aquel día riente de la primavera cordobesa.

Al pasar el hombre silencioso por la Puerta de Sevilla o de los Perfumistas, cruzóse en su camino una bellísima doncella, «gacela de teñidos ojos», «cuyas mejillas eran como una rosa mezclada con blancas flores y narcisos», «ramo de Ban que, al andar, se balanceaba dulcemente, lanzando en derredor miradas en que la pupila negra resaltaba sobre la limpia blancura de sus ojos» (1). Abandonó el fantasma su camino y siguió de cerca los pasos de la linda joven, que marchaba en dirección al Guadalquivir, cruzó el puente y se encaminó al cementerio del Arrabal.

La gacela había notado la persecución de que era objeto, y de pronto paróse, y encarándose con su cortejador, le preguntó secamente: «¿Por qué vienes detrás de mí?» El hombre callado rompió entonces el silencio y en apasionadas frases, que se atropellaban, le declaró su ardiente amor. Pero la joven no le dejó acabar: interrumpió su brillante discurso, diciéndole con brusquedad: «Déjate de eso y no busques mi deshonra, porque lo que tú quieres no puedes lícitamente conseguirlo».

El hombre, recobrando su tranquilidad, le replicó: «¡Pero si yo me contento con sólo mirarte! ¿Me prohibirás que te mire?»

(1) A. González Palencia, *Literatura arábigo-española*, página 45.

—«Mírame si quieres»—, dijo la doncella con tono desdenoso. Entonces el mancebo se atrevió a preguntar:—«¿Eres libre o esclava?» —«Esclava», contestó. —¿Cómo te llamas? —«Dulzura es mi nombre». —¿Y de quién eres?» — Al oír tal pregunta la joven, frunció el cejo, y con torva mirada le replicó: «Más fácil te sería averiguar las cosas que hay en el séptimo cielo, que saber lo que me preguntas. No te atormentes buscando imposibles». —¿Pero volveré a verte, señora de mis pensamientos? ¿Podré esperar la dicha de fijar de nuevo mis ojos en tus negras pupilas resplandecientes? La doncella, que deseaba acabar el importuno diálogo, dijo: «Donde me has visto hoy, todos los viernes a la misma hora. Pero, ¿te vas tú o me voy yo?» preguntó ya impaciente. —«¡Márchate!»—exclamó el hombre—y que la paz de Dios te acompañe».

La muchacha, balanceándose ligeramente, «como en el jardín una rama de narciso, movida por el céfiro» (1), se dirigió hacia el puente, y a cada paso volvía la cabeza para evitar que el hombre la siguiese, y al cruzar la Puerta del Río o de Algeciras, logró escabullirse entre la multitud y substraerse a la persecución de aquel desconocido.

Al viernes siguiente, y muchos viernes después, el hombre silencioso, pasó por la Puerta de los Perfumistas, cruzó por el arrabal, miró y remiró por el cementerio: la joven y hermosa gacela de los teñidos ojos no volvió a aparecer. No supo el enamorado si el cielo se la llevó o si se la tragó la tierra. Lo que sí supo es que en su corazón dejó siempre viva el ascua de su amor (2).

\* \* \*

Al oír este relato de amor tan delicado, cualquiera pensará que el hecho había ocurrido en la Córdoba cristiana, y si se dice que ésto sucedió en la Córdoba del Califato, durante el reinado del último de los omeyas, y que el protagonista del suceso fué el célebre poeta de la corte de Almanzor llamado el Ramadí o Abuchenis, «el ceniciento», condenado por Abenabiamir a perpetuo silencio por haber intervenido en una conspiración, y que Dulzura fué la musa inspiradora de sus más hermosos versos, subirá de punto la extrañeza. «Pero ¿cómo?—dirían casi todos—. ¿Es posible que entre los musulmanes espa-

(1) Abenházam, *Libro del amor*, página 58.

(2) Abenházam, *Libro del amor*, página XVI.

ños, «ardientes como las arenas del desierto», que trajeron en su sangre «las pasiones violentas de la raza árabe», hubiera otro amor que el sensual? ¡Pero si todavía los andaluces son pintados generalmente con esos caracteres que todos han convenido en asignar a la raza mora!

¡Tópicos! Una de las tareas más difíciles para el moderno historiador es la de combatir los tópicos. Porque frente a los errores están los documentos, las pruebas claras; pero los tópicos no son claramente errores, sino especie de axiomas desnaturalizados. Que los árabes fueran ardientes, de pasiones fogosas y violentas, puede ser indiscutible: el tópico está en creer que todos los musulmanes andaluces eran árabes. El maestro Ribera ha demostrado con toda claridad los elementos árabes que pudieron entrar en la sangre de los musulmanes españoles. Teniendo en cuenta que los árabes que vinieron a España formaban cuerpos de ejército, no hordas, y que se casaron y se mezclaron con los indígenas; y exhumando los datos que las crónicas y los formularios de contratos arrojan, llega a la conclusión de que Hixem II, por ejemplo, no tendría en sus venas una milésima de sangre árabe, puesto que por la madre, él y sus ascendientes hasta Abderramán I, todos eran españoles. «El elemento árabe—dice—entró en dosis casi infinitesimal en la química social de los musulmanes españoles; la mejor denominación que se les puede dar no es la de árabes, sino la de españoles; son de raza hispana, aunque en algunas familias se mezclara la sangre extranjera y, además, fuesen musulmanes».

«Ahora bien, ese elemento árabe poco numeroso, trajo una lengua e impuso por su fuerza militar ciertas costumbres y modas asiáticas, una organización política y una religión, y ésta se difundió más que la raza. Al aceptarse la religión vino ésta a colorar de tal modo la sociedad andaluza, que todos parecieron árabes, como una pequeña cantidad de anilina roja es suficiente para enrojecer las aguas de un estanque, sin que la composición química de las mismas se llegue a alterar sensiblemente» (1).

Ya tenemos, pues, deshecho un tópico: el de la raza. Lo mismo ocurre con la lengua; porque el árabe era la lengua oficial y literaria del islám andaluz, no se había caído en la cuenta, hasta que Ribera lo ha hecho notar con pruebas indis-

(1) Discurso en Academia Española, 1912, página 17.

cutibles, de que los indígenas seguirían hablando familiarmente el dialecto andaluz, así como en la España cristiana, aunque el idioma oficial era el latín, se empleaban otros dialectos romances, que dieron nacimiento a las lenguas modernas de la Península.

Otro tópico muy frecuente y de que se ha abusado mucho, sobre todo en la oratoria, es el de la lucha entre la cruz y la media luna; se ha supuesto a España dividida en dos bandos, cristianos y moros, siempre en lucha rabiosa y desesperada el uno contra el otro, sin más contacto que el de la pelea. Figúraos lo difícil que en tal forma sería concebir como se verificaron las indiscutibles influencias que el islám ejerció en la lengua, en la cultura, en la organización política y en las bellas artes de los españoles. Fijándose en las crónicas, se ve que en toda la época del Califato y en buena parte de los taifas, y hasta en la época granadina, en ambos bandos guerreros había moros y cristianos a la vez, que se agrupaban movidos más por razones políticas que religiosas.

Creo, por tanto, de algún interés tratar hoy de destruir otro falso tópico: el de la sensualidad de los moros andaluces, aunque la consecuencia pueda producir algún trastorno a los futuros autores de relatos de viajes por Andalucía que tengan que prescindir de los recuerdos del «desierto» y de «las pasiones africanas» para juzgar de los hombres y de las mujeres de este hermoso país.

\* \* \*

Ayer oísteis cómo se originó dentro del Islám, una corriente de sentimentalismo erótico tan casto y espiritual como el cristiano, localizado principalmente en la tribu de los Beniódra, «Hijos de la Virgen», que preferían, como dice Asín, «a las emociones violentas del instinto animal satisfecho, la dulce y resignada tristeza voluptuosa del amor platónico, y sabían morir de amor antes que mancillar con el hastío de la pasión saciada el himeneo casto de las almas» (1).

No podemos detenernos a estudiar los orígenes filosóficos de la teoría del amor *odri* entre los orientales, expuesta en el *Libro de Venus*, de Abendaud de Ispahán, (868-910), precedente probabilísimo del *Libro del amor*, de Abenházam. Surge en él,

(1) Abenházam, I, página 55.

según observa sagazmente Massignon (1), «la antigua teoría griega del amor, fatalidad física, fuerza natural, inevitable y ciega, sin razón y sin fin, cara lo mismo a Sófocles que a Empédocles; pero depurada, tal como la hubiera comprendido, vivido y cantado los místicos poetas beduinos de la tribu de los Beniudra». Pero mezclada esta idea de origen griego con una tradición islámica, que atribuye a Mahoma estas palabras: «El que ama, pero continúa casto y no descubre su secreto y muere, este es un mártir» (2), y seguramente influida por los ejemplos cristianos, que podía ofrecer la vida monástica (3).

Han quedado como prototipos de este amor platónico en la literatura árabe Mechnún de la tribu de los Benu Amir († 689), loco de amor por su *Leila* (4), Cotayir y Azah, y sobre todos el odrí Chamil ben Abdala († 701) que murió «sin haber puesto jamás su mano para el mal» en su amada Boteina. No sólo hallamos poesías que cantan este amor insatisfecho, sino que también podemos ver anécdotas que reflejan la misma idea en la vida corriente, algo alejada de las elevadas alturas de la poesía. Un hombre amaba desde la niñez a su prima; pero los padres la dieron a otro en matrimonio. Y, en el mismo día de la boda, alguien le preguntó si le agradaría tenerla aquella noche en su poder. —«Sí, contestó el joven—, por Aquel que me ha hecho gozar de su amor y sufrir por buscarla. Obedecería a mi amor, abrazándola, y resistiría a Satán en lo tocante a pecar con ella; yo no mancharía un amor de veinte años con una vergüenza durable, por una mala acción que se multiplicaría: si yo hiciera ésto, sería un miserable y un mal nacido» (5).

Y este mismo sentimiento de vergüenza ante sus propios ojos llevó a un hombre hasta la cárcel, por huír de las sollicitaciones de una mujer, de cuyo lado escapó, como nuevo José (6).

Veamos cómo se refleja en la vida islámica española este

(1) *La passion d'Al-hosayn-ibn-Mansour Al-Hallaj, martyr mystique de l'Islám. Paris, 1922, I, 171.*

(2) *Ibid*, página 174.

(3) *Asin, Abenházam, I.*

(4) En la Biblioteca Nacional de Madrid (R. 4.416) hay un tomito titulado *Bibliothèque choisie de contes orientaux et fables persanes* (Paris, Chez Royez, 1.788), que contiene en las páginas 37-58 el cuento de *Mechnún, el loco por amor*, con una redacción muy literaria, aunque un poco sensiblera.

(5) *Ibxihi, Mostatraf, II, 198.*

(6) *Aben Caim el Chauzia, Ajbar el Nisá, páginas 24-25.*

sentimiento del amor platónico, y recojamos algunos casos más importantes.

Sea el primero el de Said ben Chudi, el digno rival y enemigo de Omar ben Hafsún, el cantor de las hazañas en la lucha titánica que los defensores del Califato omeya sostuvieron con el intrépido caudillo nacionalista que desde las alturas inaccesibles de su castillo de Bobastro, en la serranía de Ronda, pudo haber dado al traste con el poderío musulmán andaluz.

De ilustre abolengo, era Said ben Chudi el prototipo del caballero árabe: en él concurrían las diez cualidades que el perfecto caballero debe poseer: era generoso, valiente, buen jinete, de arrogante belleza corporal, poeta, elocuente, fuerte, y sabía como nadie manejar la lanza, y el mismo se construía sus armas y tiraba al arco a la perfección. Abenhafsún lo temía, acaso a él solo entre los árabes, y evadía luchar con él. Y Said ben Chudi, cuya semblanza, como veis, casi pudiera aplicarse a nuestros heroicos caballeros del siglo xv, a aquellos que como don Pedro Niño, Conde de Buelna, o Suero de Quiñones, o Mosen Diego de Valera, demostraron con hechos que no eran tan fingidas las aventuras de los libros caballerescos, era como aquellos también, el más tierno y enamorado galán. Nadie se enamoraba tan pronto como él de una voz argentina, de una sedosa y blanca cabellera, de una linda mano de afilados y nacareños dedos.

Durante el reinado del emir Mohámed, vino Benchudi un día a Córdoba y, al pasar por delante del palacio del Príncipe Abdalá, hirió su oído una voz armoniosa; la cantora estaba en una habitación del primer piso, cuya ventana daba a la calle. Said no pudo contener su emoción y detúvose a oír a la cantora, para lo cual se ocultó en un rincón, donde no llamase la atención a los transeuntes. Fija su mirada en la ventana, escuchó embelesado, esperando que podría satisfacer el anhelo de ver a la que él se imaginaba bella cantora. Estaba ella a solas con el Príncipe, y alternaba sus cantos con la ocupación de escanciar la copa de su señor. Pasó largo rato; y al fin el galante caballero árabe pudo distinguir a través de la ventana la mano pequeña y blanca de la cantora, que ofrecía delicadamente la copa a su Príncipe y dueño. Y no vió más desde su escondrijo. Pero aquella mano de incomparable elegancia, aquella voz tan melodiosa, tan dulce, bastaron para acelerar el ritmo de su corazón de poeta, para encender en llamas su cabeza.

Y amó locamente a la bella desconocida de la blanca mano, objeto imposible de su amor, separada de él por una barrera infranqueable; y en mucho tiempo no logró apartar de su alma el recuerdo de la bella escanciadora, que inspiró sus más hermosos versos:

«El dulce canto que escuché—decía—arrebatándome el alma, lo he sustituido con una tristeza que me consume lentamente. A Xihán, de quien guardaré un eterno recuerdo, le he dado mi corazón y, sin embargo, jamás nos hemos visto... ¡Oh Xihán, objeto de todos mis anhelos! Sé buena y compáñecete de este alma que me ha dejado para volar hacia ti. Invoco tu nombre amado con los ojos bañados en lágrimas, con la devoción, con el fervor con que un monje invoca al de su santo, ante cuya imagen se prosterna».

¿No es verdad que estos versos parecen de un trovador provenzal, como ya observó Dozy? (1) ¿No podría parangonarse con las canciones de nuestros poetas cortesanos del siglo xv? Viene a los labios sin querer una canción del noble caballero Marqués de Santillana (2).

«Recuérdate de mi vida,  
pues que viste  
mi partir e despedida  
ser tan triste.

.....  
Pero no cuides, señora,  
que por ésto  
te fui nin te sea agora  
menos presto:  
que de llaga non fingida  
me feriste;  
así que mi despedida  
fué tan triste.

Y no se crea que tales casos de amor platónico y quintaesenciado, eran sólo un producto literario sin reflejo alguno en la realidad. Si es cierto que Said ben Chudi cantó el placer en versos tan exaltados, que los escritores musulmanes, cuando los

(1) Historia de los Musulmanes de España, ed. Calpe, II, 208-210.

(2) Hurtado y Palencia, *Antología de la literatura española*, página 44.

citan, añaden un piadoso «¡Dios lo perdone!» (1) no es menos cierto que pueden señalarse otros casos en que la vida del poeta casa perfectamente con su teoría del amor platónico. El más típico de todos es el de Abenházam, personaje famosísimo del cual todos los cordobeses teniais noticia, aún antes de que en esta Semana se tratara de él (2).

En el palacio de su padre—cuenta él mismo—vivía una joven, que recibía allí educación. Tenía diez y seis años, y ninguna otra mujer se la podía comparar en beldad, talento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

Nadie osaba levantar hasta ella su pensamiento, y, sin embargo, su hermosura conquistaba los corazones, pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestra de su favor, era más seductora que las que conocen a fondo el arte de encadenar a los hombres. Su modo de pensar era muy severo, y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites; pero tocaba el laúd de un modo admirable. Abenházam, entonces muy mozo (de doce a trece años próximamente), sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde buscó durante dos años una ocasión de hablarle sin testigos.

Ocurrió en ésto que se dió en su casa una de aquellas fiestas que eran corrientes en los palacios de los grandes, a la cual asistieron las mujeres de casa y las de su hermano, y en la cual estuvieron convidadas las mujeres de sus clientes y de sus servidores más distinguidos. Después de pasar una parte del día, fuéronse las mujeres a un pabellón, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles del jardín no estorbaban la vista.

(1) Dozy, II, 210. «El más dulce momento de la vida es cuando se bebe en ronda; o más bien, cuando después de una desavenencia se reconcilia uno con su amada; mejor aún, cuando los amantes se lanzan miradas embriagadoras, y, en fin, cuando entre los brazos se estrecha a la mujer adorada. Recorro el círculo de los placeres con la fogosidad de un corcel que ha cogido el bocado entre los dientes; para lo que pase yo sacio todos mis deseos. Inmutable el día del combate, cuando el ángel de la muerte se cierna sobre mi cabeza, en cambio me conmuevo ante unos bellos ojos».

(2) *Libro del Amor*, página 102. Traducido por Dozy; y Valera, Shack, *Poesía y arte de los árabes de España y Sicilia*, I, 123. Lo reproduce Asin, *Abenházam*, I, página 43 y siguientes.

Abenházam fué con ellas y se acercó al hueco de la ventana donde se encontraba la joven; mas apenas lo vió a su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hacia otra parte del pabellón. El la siguió y se le escapó de nuevo. Los sentimientos del mancebo le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque todas estaban embelesadas con la vista, y no prestaban atención.

Cuando más tarde bajaron todas al jardín, las que tenían mayor influjo por su posición o por su edad, rogaron a la dama de los pensamientos de Abenházam que entonase un cantar, y el enamorado galán unió su rego a los de aquellas señoras. Ella accedió y, con timidez que realzaba todavía sus encantos, empezó a pulsar el laúd y cantó estos versos de Abbás ben Ahnaf:

«En mi sol pienso sólo,  
en mi muchacha linda.  
¡Ay que perdí su huella  
tras de pared sombría!  
¿Es de estirpe de hombres  
o de los genios hija?  
Ejerce de los genios  
el poder con que hechiza;  
de ellos tiene el encanto,  
pero no la malicia.  
Es su cara de perlas,  
su talle palma erguida,  
blando aroma su aliento,  
ella gloria y poesía,  
sér de la luz creado  
graciosamente agita  
la veste vaporosa  
y ligera camina;  
su pie no quiebra el tallo  
de flores ni de espigas.

Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas del laúd, si no el corazón del enamorado mozo, lo que hería con el plectro. Jamás se borró de su memoria aquel dichoso día, y aun en el lecho de muerte creía había de recordarlo. Pero desde aquel momento, ni siquiera la vió en mucho tiempo.

«No la culpes—exclamaba en sus versos—, si es esquiva y huye. No merece por ésto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna; pero la gacela es tímida y la luna inasequible a los hombres».

«Me robas la dicha de oír tu dulce voz y no quieres deleitar mis ojos con la contemplación de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada a Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Ab-bás, cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiere oído, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como a su vencedora, porque mientras que cantabas sus versos, ponías en ellos un sentimiento de que el poeta carecía o que no supo expresar».

Entre tanto sucedió que tres días después que Almahdi subió al trono de los califas (1008), la familia de Abenházam abandonó su palacio nuevo sito en la parte oriental de Córdoba en el arrabal de Azahira, y se fué a vivir a su antigua morada de Bilat Moguits; pero aquella joven no se fué con ellos. Cuando Hixem II subió otra vez al trono (23 Julio 1010), los Beniházam cayeron en desgracia con los nuevos dominadores: les sacaron enormes sumas de dinero, les encerraron en la cárcel, y cuando recobraron la libertad, tuvieron que esconderse. Después vino la guerra civil, y si todos los cordobeses tuvieron que sufrir, la familia de Abenházam mucho más que todos. Entre tanto murió su padre (21 Junio 1012), con lo cual empeoró todavía su suerte. Pero un día que Abenházam asistía a las exequias de un pariente, reconoció a la joven en medio de las mujeres que componían el duelo. Mucho motivo tenía entonces para estar melancólico; se decía que iban contra él todos los infortunios, y, sin embargo, no bien la volvió a ver, le pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecía como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo a la memoria del mozo su vida pasada, aquellos días hermosos de su amor juvenil, y por un momento volvió a ser joven y feliz, como ya lo había sido. Pero este momento fué muy corto. Pronto volvió a sentir la triste y sombría realidad, y su dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

«Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban—exclamaba en sus versos—; pero el que vive aún, tiene más derecho a sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca a quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasión alguna de aquel a quien deja morir desesperado».

Poco tiempo después, cuando los berberiscos se apoderaron de la capital, fué desterrado Abenházam y hubo de salir de Córdoba en el verano de 1013. Y cuando volvió a esta ciudad cinco años después, fué a vivir a casa de una parienta, y allí encontró de nuevo a su dama, pero tan cambiada, que apenas la reconoció, y tuvieron que decirle quién era. Aquella flor, que había sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, a no impedirlo el respeto, estaba ya marchita, apenas le quedaban algunas señales de que había sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que había sido criada entre la abundancia y el lujo de un alto dignatario de la corte, se vió de pronto en la necesidad de acudir a su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay! las mujeres son flores delicadas, cuando no se cuidan, se marchitan. La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, a los ardores del sol, a los vientos, a las inclemencias del cielo y a la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, dice el poeta que aún hubiera podido hacerle el más dichoso de los mortales si le hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había estado con él. Esta frialdad fué poco a poco apartándole de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

Nunca el poeta dirigió contra ella la menor queja; nunca le echó nada en cara. No le había dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podía censurar? Hubiera podido quejarse si ella le hubiese halagado con esperanzas engañosas; pero nunca le dió la menor esperanza, nunca le prometió cosa alguna.

Tan bella página de amor no se la explicaba Dozy, el primer historiador que la dió a conocer. Sino como un caso de herencia psicológica, como un atavismo de su raza, que el arabista holandés creía cristiana y española. Mi maestro don Miguel Asín ha demostrado en su reciente libro (1) que el linaje

(1) *Abenházam de Córdoba y su Historia crítica de las ideas religiosas*, Madrid, 1927, I, página 48 y siguientes.

de Abenházam no era cristiano. Ha notado además, que este amor de Abenházam no fué único: en sus otros amores fué el poeta tan desgraciado como en aquél, por causas distintas. «Estaba yo perdidamente enamorado—dice él mismo—(1) de una muchacha mía, que en vida se llamó Felicidad. Era una niña tan linda y tan buena, que no cabía desear más. Ella correspondía de todo corazón a mi cariño; yo era su primer amor. El mutuo afecto que nos profesábamos nos bastaba. Pero pronto el destino fatal me privó de ella, la lóbrega noche y el aciago día me la arrebataron, el polvo y las piedras cubrieron su tumba. Mi edad entonces no llegaba a los veinte años, y ella era más joven que yo. Cuando me ví sin ella, siete meses pasé desconsolado, sin despojarme de mis vestidos para dormir y sin cesar de llorar, a pesar de la natural dificultad que mis ojos tenían para las lágrimas... Después que ella murió la vida ya no tuvo para mí ningún atractivo».

Y en sus andanzas de conspirador político, habiéndose hospedado en Córdoba en casa de una piadosa señora, encontró allí a una muchacha parienta de la dueña, que se había criado con Abenházam. «Al contemplar de nuevo a mi amada, tan hermosa, tan fresca aún y tan seductora, la llama del amor juvenil se reavivó en mi corazón, pero tuve la fuerza necesaria para contenerme, cuando ví que ella evitaba descubrirse el rostro, como lo hacía la niña delante de mí. Desde entonces me abstuve de volver a aquella casa».

Brilla, pues, en el sentimiento del amor en Abenházam, una idealidad y un platonismo altamente espiritual. Sus ideas podemos verlas resumidas en dos pasajes suyos: uno en el libro *Los caracteres y la conducta*, ed. Asín, par. 86.

«La familiaridad del cariño sólo se mantiene entre las almas; el cuerpo se nos hace fastidioso y como inútil. La prueba de eso está en la prisa con que el hombre trata de sepultar el cuerpo de su amigo, tan pronto como el alma se separa de él, y la pena que siente cuando el alma se le escapa, aunque tenga entre los brazos su cáver».

Otro, en un verso recogido en su *Libro del amor* (2):

(1) *Libro del amor*, página 85. Trad. por Asín, ob. cit. página 50.

(2) *Libro del amor*, página 92.

«El amante no va a casa de su amada más que por la noche, no la visita sino en sueños. De otra manera tendría el temor de mancharla con el contacto corporal».

\* \* \*

Nadie podrá dudar que el prototipo del amor platónico en nuestra Literatura del siglo xv es Macías el *Enamorado*, poeta que figura en el *Cancionero* de Baena, conocido más que por sus versos por la leyenda que a su alrededor se formó, leyenda que parece tener algún fundamento histórico (1). Según la versión de Hernán Núñez, seguida por Argote de Molina, Macías, doncel de don Enrique de Villena, enamorado de una dama casada, murió en Arjonilla atravesado por el venablo del celoso marido, que se lo arrojó cuando cantaba una poesía a su señora. Según la versión don Pedro, Condestable de Portugal, Macías enamoróse de una señora a quien había salvado la vida sacándola de un río. Un día se la encontró, ya casada, en un camino, y le rogó que bajase de su cabalgadura y hablase con él. La dama accedió a su deseo; y cuando se marchó vino el marido, que se encontró a Macías besando la tierra donde se habían marcado las huellas de su amada. «Mi señora—decía—puso aquí sus pies, en cuyas pisadas yo entiendo vivir e fenescer mi triste vida». A cuyas lamentaciones puso fin el celoso marido, matándolo de una lanzada.

La leyenda de Macías, muy celebrada por Santillana y por el gran poeta cordobés Juan de Mena, y repetida en todos los *Infiernos de amor*, tan en boga en el siglo xv, como tributo pagado a la genial creación del Dante; utilizada por Lope de Vega en su comedia *Porfiar hasta morir*, y tan grata al espíritu romántico de Larra, que la aprovechó dos veces, una en su drama *Macías*, otra en su novela *El doncel de don Enrique el Doliente*; la leyenda de Macías, repito, tiene un precedente musulmán (2).

El ministro siciliano Abensahl, célebre en su tiempo por su belleza, paseaba cierto día por un jardín público. Abstraído en sus pensamientos no se fijó en lo que alrededor suyo sucedía; y era que una preciosa joven lo seguía con ojos anhelosos, no

(1) V. Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura Española*, segunda edición, Madrid, 1925, página 180.

(2) Abenházam, *Libro del amor*, página 90.

perdía ni uno de sus movimientos, lo espiaba ansiosa lanzando al aire suspiros entrecortados. Abensahl se marchó del jardín sin haberse dado cuenta de nada. Así que su figura hubo desaparecido de los ojos de aquella joven de las miradas lánguidas, ésta abandonó su escondite y se puso a besar las huellas que los pies del gallardo ministro habían marcado en el polvo del camino.

«¿Tiene nadie derecho a criticarme?—decía la enamorada doncella, con versos de Abenházam—. ¿Por ventura hago alguna cosa mala? ¡No! El polvo por donde ha pasado el pie de Abensahl está lleno de cualidades maravillosas. ¡Hágase la prueba! Tómese un puñado de esa tierra, espárzase por las regiones en donde hace largos años no ha crecido la yerba, y se verá nacer el trigo».

Este caso era uno de tantos en que los amantes sinceros se contentan con tocar un objeto que haya pasado por las manos de su amada.

\* \* \*

¿Se puede morir por amor? ¿Es verosímil la leyenda de los amantes de Teruel? En la literatura árabe, en la famosa colección de cuentos que integran las *Mil y una noches*, se repite varias veces el tema de amantes contrariados que mueren de dolor como Isabel de Segura (1). El más característico se aplica a un *odri* (de la tribu de los Beniodra) que se enamora de una doncella y muere de aquel amor. La joven consiente en ir a verlo a su lecho de muerte, se enamora a su vez y muere tres días después que él (2). Pero hay otros cuentos que no se refieren a los *odri*s: así el de la joven enamorada de un mancebo, que él a su vez ama a otra, cantora: el joven galán muere de desesperación, y las otras dos sufren la misma trágica suerte; a todos se les entierra en el mismo día (3). Este mismo detalle de enterrar juntos a los enamorados víctimas del amor, se ve en la historia que contaba Cásim ben Aadi: yendo él en busca de un camello vió a dos enamorados reunirse a pesar

(1) Véase mi *Literatura arábigo española*, Barcelona, 1928, página 318. Preparo un estudio especial sobre *Las Mil y una noches en la literatura española anterior al siglo XVIII*.

(2) Chauvin, *Bib. des ouvr. arabes*, fasc. V, página 106, número 37. Muerte de un enamorado *odri*. Es una historia parecida a la de Hind y Bisr.

(3) *Ibid*, número 44. Las tres víctimas del amor.

de la oposición de la tribu y morir el uno en los brazos del otro: se trataba de una doncella que su padre había negado a dar por esposa a cierto primo suyo (1).

Pero no sólo en relatos que pudieran ser fantásticos, y por tanto de un mero valor literario, hallamos casos de muerte por amor; también se ven anécdotas indudablemente históricas.

Cuenta Masudi en sus *Praderas de oro*, que Orúa, hijo de Hizam, después de haber abandonado a Afra, hija de Icah, sucumbió a su pena y murió de amor por ella. Un grupo de caballeros pasó delante del cadáver y lo reconoció; y al llegar al campamento de Afra, anunciaron, con lindos versos, la muerte del infortunado. Cuando Afra se enteró, les preguntó ansiosa el lugar donde estaba enterrado; y apenas se lo hubieron dicho, ella se encaminó a aquel sitio. Llegó a la tumba y se prosternó ante ella. No tardó en oírse un grito agudo que aterró a sus compañeros de viaje; se apresuraron a acudir en su auxilio, pero la vieron tendida, muerta sobre la misma losa que cubría la tumba de su amado (2).

Visitando una casa de locos, vieron a uno que, detrás de sus rejas, cantaba versos. «Hermosos versos!», le dijeron los visitantes, que observaron con extrañeza que hacía el movimiento de coger una piedra y tirársela. Trataron de huir los amenazados, pero él los llamó, diciéndoles: «Yo os recitaré otros versos; si lo hago bien direis: «Son bonitos», si lo hago mal, direis: «Son malos». Volvieron y recitó el loco unos versos que decían:

«Cuando un poco antes de alborar la  
aurora hicieron arrodillar sus camellos blan-  
cos; cuando los cargaron y el convoy partió  
llevando las hermosas doncellas; cuando por  
las rendijas de las cortinas ella volvió hacia  
mi sus apasionados ojos, mientras sus lágrimas  
corrían a torrentes;

Quando ella me dijo adiós con sus dedos  
embellecidos por el *anam*, exclamé: «Camello,  
que no te lleven tus pies!»

Camellero, detente, espera que yo le diga  
adiós! Camellero, tu partida es causa de mi  
muerte!

(1) *Ibid.*, número 45. Los enamorados reunidos.

(2) Ed. Barbier de Meynard, VII, 351-353. El mismo relato está referido por Abulfarach el Ispahani, *Quitab el Agani*, XX, 155, y trad. por Perron, *Femmes arabes...* 201; en Abencotaiba, *Liber poesis*, 398.

Cumpliendo mi promesa, jamás he traicionado su cariño; si yo pudiese al menos saber lo que ella hace durante esta larga ausencia.»

Y los visitantes le dijeron: «Ella ha muerto!»—Por Alá—exclamó él—moriré. Y lanzando un suspiro, cayó muerto (1).

Pero el relato más emocionante de muertos por amor acaso sea el que había oído a su padre Abulcásim Almamun ben Ismail ben Abdala como sucedido al Califa Yazid (2).

Había en Medina una cantora de las más hermosas que imaginarse puede, inteligente como pocas, instruída más que ninguna: ella había estudiado el Alcorán, citaba los poetas, conocía perfectamente la lengua árabe; había llegado a conquistar de tal manera el corazón del Califa Yazid ben Abdelmélíc, que no podía pasar sin ella.

Un día, en su deseo de agradarla, le preguntó:

—¿No tienes ningún pariente o alguna persona a quien estimes, para que yo le reciba en mi palacio como huésped y le conceda beneficios?»

—Príncipe de los creyentes:—respondió la muchacha.—Yo no tengo parientes; pero hay en Medina tres personas que eran amigos de mi dueño: yo desearía que ellos recibiesen una parte de los beneficios que te dignes hacerme.

El Califa escribió a su gobernador de Medina, ordenándole que enviara aquellas tres personas a su presencia, dándoles previamente diez mil dirhemes a cada uno. Así que los tres hubieron llegado ante el Soberano, éste les dispensó la más cordial acogida y les preguntó qué necesitaban. Dos de ellos se lo dijeron, y el Sultán los satisfizo inmediatamente. Preguntó al tercero qué quería y contestó:

—Príncipe de los creyentes! No deseo nada.

—Cómo?—exclamó asombrado Yazid.—No podría yo satisfacer tu deseo?

—Seguramente que sí, oh Príncipe de los creyentes; pero mi deseo es tal que pienso no accedas a él.

—Entonces, pide: lo que tú desees y sea posible, yo te lo concederé.

—Puedo contar con tu seguridad?

(1) El Ibxihí, *Mostatraf*, II, 49.

(2) El Ibxihí, *Mostatraf*, II, 199-200; Masudí, *Praderas de oro*, VII, 224-227, atribuye el relato al Califa Suleimán, en lugar de Yazid.

—Sí.

—Pues entonces, oh Príncipe de los creyentes, dignate ordenar a tu joven esclava, en atención a la cual nos has honrado, que cante tres canciones, para las cuales yo beberé tres copas de vino: hazlo.

El rostro del Califa se inmutó. Abandonó el salón, fué a ver a la joven y la informó de lo que pasaba.—¿Qué puedes temer, Príncipe de los creyentes?—le dijo ella.

Y entonces mandó conducir allí al mancebo, e hizo preparar tres sillas de oro: sentóse él en una, la esclava en otra, el mancebo en la tercera. Después pidió toda clase de flores y de perfumes, luego tres copas de la misma medida, que se llenaron, y entonces dijo al mozo:

—Dime lo que quieres.

—Príncipe de los creyentes, mándala que cante estos versos:

«Yo no puedo consolarme de la ausencia de mi amor. ¿Puede hacer el amor en mí algo más de lo que ya ha hecho?

Yo lo invito a que huya de ella, y él me ayuda de tal forma, que cuando le digo esto con sinceridad, se pone en trance de agonía».

Yazid mandó a la esclava cantar esta melodía, después bebió, lo mismo que el joven y la muchacha. Ordenó que se volvieran a llenar las copas, y preguntó de nuevo al mancebo lo que deseaba. Y éste dijo:

—Ordénale, señor, que cante estos versos:

«Yo he elegido en Noomán una rama de *arac* para Hind; pero, ¿quién la hará llegar a las manos de Hind?

Vamos, dejad vuestro camino y acompañadme (¡que Dios os bendiga!) aunque Hind no esté en dirección a vuestra tierra»

El califa hizo cantar estos versos, y bebió, lo mismo que los otros dos; las copas fueron otra vez llenas y repitió su pregunta al mozo, que pidió que la esclava cantara estos versos:

«De mi parte, la unión; de la tuya, la ausencia hasta donde la Fortuna nos ha separado.

¡Por Dios! No me consolaré jamás de tu ausencia mientras que brille la luna, mientras aparezca el amor».

Yazid mandó que los cantara; pero no los había terminado, cuando el joven cayó al suelo desvanecido.—«Levántate—dijo el Sultán a la esclava—, mira que le pasa».

La doncella se levantó apresuradamente, trató de incorporarlo y vió que estaba muerto.

—Llóralo—, le dijo el Califa.

—No lo lloraré, oh Príncipe de los creyentes, mientras tu vivas.

—Llóralo—, insistió conmovido el Soberano—, llóralo, pues si hubiera vivido, no hubiera salido de mi palacio sin tí.

Ella lloró, lo mismo que el Califa, que dió órdenes para los funerales. Al cabo de pocos días murió también la bella e inteligente esclava cantora.

\* \* \*

Todos estos ejemplos prueban que era tema corriente en la literatura árabe el de la muerte del enamorado que no podía reunirse con su amante.

En la vida cordobesa de tiempos del califato se dieron varios casos de *mártires del amor*, que Abenházam reseña. Así una joven esclava que vendida por su dueño, de quien estaba locamente enamorada, al verse en otra casa y alejada definitivamente de su amor, murió de pena (1). Algo semejante ocurrió a el poeta Abencuzmán (distinto del célebre *zejelero*) y al sabio Abenabtobní. Pero el caso más curioso que demuestra como en amor es posible hasta el milagro, es el siguiente (2):

Un andaluz que había perdido toda su fortuna, y había ido a ocultar su pobreza a una ciudad berberisca, se vió forzado a vender una esclava, a quien amaba extraordinariamente, último resto de su pasado esplendor. Compró la esclava un berberisco y se la llevó. Pero el andaluz se dió pronto cuenta de que no podía vivir sin la esclava, porque el amor había echado profundas raíces en su corazón. Fuése a visitar al berberisco y le rogó que considerara anulado el contrato, prometiéndole pagar la indemnización que el otro le pidiera. Pero todo fué inútil: ni súplicas, ni la intervención de los amigos, nada pudo ablandar el corazón del comprador. Entonces el infeliz andaluz tomó la determinación de ir a ver al Rey de aquel lugar: fuése a palacio, llegó a presencia del Soberano, y le expuso su caso.

(1) Abenházam, *Libro del amor*, página 109. La conoció el poeta.

(2) Lo refiere también Abenházam, páginas 112-114.

El rey se compadeció de su desgracia y mandó llamar a su presencia al berberisco comprador de la esclava; rogóle luego que accediese al deseo de anular la venta: «es un extranjero —le decía—, yo te ruego que te compadezcas de él». Pero el berberisco no cedió. «Yo amo a la esclava mucho más que la pueda amar él; si se la cedo, temo que tendré que venir a tu presencia, señor, para importunarte con la misma petición.

El rey comprendió que aquello no tenía arreglo, y dijo al andaluz: «Ya lo ves; yo no puedo hacer nada. Que Dios te proteja!» «¿Es esta la última palabra?»—preguntó descompuesto el andaluz.—«Pues entonces no me queda más recurso que éste». Y dirigiéndose rápidamente al balcón de la estancia, se arrojó por él a la calle de cabeza. Pero la maravilla fué que no sufrió daño alguno, y volvieron a traerlo sano y salvo a presencia del rey, que vió en esta caída milagrosa la mano de la Providencia. Entonces el soberano, encarándose con el berberisco, le dijo: «Tú me has asegurado que amabas a la esclava más que su antiguo dueño; tú me has dicho que morirías, si la apartasen de tu lado. Pues bien. ¡Prueba la verdad de tus palabras! ¡Haz lo mismo que este otro ha hecho. Arrójate por el balcón! Es posible que obtengas lo que deseas. Puede suceder una de estas dos cosas: que mueras o que no mueras. Si mueres, es que te habría llegado la hora; si vives, guardas para tí la esclava. Pero si rehusas hacer lo que te propongo, ella será para tu rival. ¡Elige y pronto!

Tuvo miedo el berberisco, se acercó al balcón y midió con los ojos su altura, echándose a temblar de espanto. «¿En qué piensas?»—le preguntó el rey. «Obedece al punto mi orden; si no, mis guardias te echarán por el balcón». Entonces, cuando el berberisco se dió cuenta de que el rey no hablaba en burlas y vió que los soldados de la guardia se dirigían hacia él con ánimo de cumplir la amenaza, se retiró avergonzado, dejando la esclava para el andaluz.

\* \* \*

Toda esta serie de hechos y otros muchísimos que podrían añadirse, tienen felizmente, su comprobación doctrinal, es decir, conservamos la teoría del amor, tal como la practicaban los hombres del Califato: esta teoría es el libro titulado *El collar de la paloma*, por Abenházam de Córdoba, tratado sobre el amor y los amantes (1).

(1) El análisis de su estructura y contenido puede verse en mi *Literatura árabe-española*, página 152 y siguientes.

Las manifestaciones del amor son múltiples: desde el profesado al Creador hasta el que se experimenta por los placeres inmundos. Sólo quien ha conocido el amor por experiencia puede ser capaz de definirlo y de describir sus elementos. Resistir al amor es imposible, porque el corazón del hombre está en las manos de Dios. Nadie, ni los más poderosos soberanos, ni los más piadosos ascetas, se han librado de su agujón.

¿Cuál es la esencia del amor? «La unión de las almas separadas en el mundo terrestre, pero que habían estado reunidas en el mundo superior». El alma humana busca otra que se le parece; así que se restablece la unión, el alma se calma y goza su dicha. Pero es difícil averiguar la causa determinante del amor, que no en todos los casos es la belleza, ni la conformidad de caracteres, costumbres, aficiones, etc. «Indiscutiblemente la belleza juega un papel importante en estos asuntos, porque la unión de las almas, la verdadera esencia del amor, se realiza más rápidamente por intermedio de la belleza».

«Entre todos los sentimientos que se nombran con el bello nombre de amor, sólo el amor verdadero, (*hab sahin*) es digno de llevarlo. Este amor sobrevive al aniquilamiento de la causa que lo ha producido; con él pierde el tiempo su fuerza destructora. Hay personas que hacen todos los esfuerzos imaginables para desarraigar el amor que se ha apoderado de su corazón. ¡Vana empresa! Contra el amor verdadero todo es ineficaz. El puede cambiar la naturaleza del hombre, pero a él no hay fuerza alguna capaz de hacerle sufrir el menor cambio. Este amor no muere más que con la muerte del enamorado».

El principal signo exterior del amor es la mirada fija sobre la persona amada, porque los ojos son el camino que conduce al alma. El principal efecto es ennoblecer al hombre: de un avaro hace un generoso, de un tonto hace un sabio, a un hombre basto y hurafío lo trastorna en gracioso y agradable.

Entre las diversas maneras de nacer el amor, (efecto de un sueño, de una descripción, etc.), una es la que de repente impresiona al amante: tal el caso del poeta Ramadí por la esclava Halua. En el objeto del amor puede haber caprichos y hasta rarezas, como la de aquel que había tenido una amante de cuello muy corto y se burlaba de las mujeres de cuello de cisne, cualidad que todo el mundo estima como señal de la más exquisita belleza; o la de aquel que por haber sido su primer amor de poca estatura, sólo gustaba de las mujeres pequeñas; o la

afición de algunos a las rubias, como Abenházam y su padre, como los califas de Córdoba, la familia célebre de los Benime-ruán, y sobre todo los hijos de Annásir (Abderráhmen III); o el raro ánimo de aquella dama de la alta sociedad cordobesa que durmió una noche entera bajo el mismo sudario que cubría el cadáver de su esposo.

«Ni el poder, ni la riqueza después de la miseria, ni el retorno tras una larga ausencia, ni la seguridad del peligro, ni cosa alguna del mundo, da idea de la alegría que se apodera de los amantes que llegan a la unión. Su vida se podría llamar entonces «vida renovada», que antes de la muerte les hace gustar las alegrías del paraíso. Esta unión es más bella que las plantas refrescadas por la lluvia, más que las estrellas que aparecen por detrás de las nubes, más que las aguas que murmuran bajo el tapiz de flores, más bella que las casitas blancas que se ocultan en la verdura de los jardines».

Muchas maneras hay de contentarse con el amor: uno es el saludo de la amada, preludio de las célebres palabras del Dante sobre el saludo de Beatriz (1); alguna vez, la amada, herida por el amante con un cuchillo, en lugar de enfadarse, besa repetidamente la herida, regándola con sus lágrimas.

Para la ausencia, para la muerte misma, se encuentra el remedio del sueño: si el amado se acuerda de nosotros, su sombra vendrá a vernos durante el sueño; por breve y precario que sea este sueño, es algo nuestro, nos hace resucitar a los amados muertos, nos permite gustar placeres, ya disipados, nos hace olvidar que entre nosotros y nuestro amor el Destino ha levantado la piedra de la tumba.

Ideas que repite en delicados versos:

«La sombra del amante viene por la noche a visitar a quien antes le había amado. Si el amante no esperase esta visita, no dormiría. Os admira que la sombra venga a la hora en que todo está envuelto en tinieblas. ¿No sabéis que ella está iluminada con una luz sobrenatural que disipa las negruras de la noche?»

o estos otros, contestando al que le dice que su amor está lejos:

(1) *Vita nuova*, capítulo II. «Mi saluto molto virtuosamente, tanto che mi parve allora vedere tutti li termini de la beatitudine».

«No, no está lejos: está bajo el mismo cielo que yo, el sol no se levanta en su tierra más que algunas horas más tarde que en la mía. Y aunque verdaderamente estuviese tan lejos, ¿qué ocurriría? ¿No nos reúne el amor de Dios? Yo no ansío otra unión».

\* \* \*

Así amaban los cordobeses del Califato. ¿No es verdad que a la luz de tales hechos es necesario rectificar el tópico de la sensualidad de los musulmanes españoles? Aparecen así aquellos hombres ni más ni menos apasionados que los de otras sociedades humanas, con la variedad de matices que la psicología humana puede presentar para formar la unidad de una raza, pero sin el sambenito de unos caracteres pronunciados, exagerados, que han venido informando, falsamente por supuesto, todas las afirmaciones étnicas, no sólo de aquellos hombres de hace mil años, sino de todos sus sucesores en la posesión de este hermoso país.

Si con mi humilde aportación al tema logro contribuir a que se vaya destruyendo otro tópico más de los muchos que infestan nuestra historia, habrá de agradecerse a la iniciativa de esta Real Academia, para conmemorar el milenario de la instauración oficial del Califato de los Omeyas.

Y habrá de agradecerse algo más. El recuerdo oportunísimo que vosotros habeis hecho a la España culta, discretísimamente, con modestia pero con firmeza de convencidos, de lo que en nuestra cultura y en la civilización de Europa entera significó el Califato de Córdoba, ha hecho que se fijen las personas estudiosas en algo que antes no salía del reducido límite de la escuela de arabistas o de pocos eruditos más. La Prensa, en sus órganos más autorizados, de todas las tendencias ideológicas, ha repetido vuestra afirmación y ha difundido por los ámbitos de la Península y hasta más allá de las fronteras, que la Córdoba del siglo x era el mayor foco de luz intelectual proyectado sobre Europa. Hasta se ha llegado a parangonar la España del siglo x con la España del siglo xvi, sacando la conclusión a favor de la España de los Califas, como una civilización más propia, más autóctona que la del Renacimiento español, influido por tantos agentes exteriores. Se ha abierto paso entre el gran público la idea fundamental que informa todos los trabajos de la escuela de arabistas españoles, a partir de las obras de nuestro querido y venerado maestro

don Julián Ribera: que todos los pensadores, artistas y políticos que elevaron la civilización islámica a tan alto grado de esplendor, son españoles, son de nuestra misma raza, aunque musulmanes, y por tanto que su gloria debe interesarnos lo mismo que la de otros grandes hombres cristianos.

Los arabistas españoles os mostramos nuestra más rendida gratitud, ya que habeis logrado ser vosotros, quienes habeis hecho surgir en la masa del público español un movimiento de simpatía por los estudios, a los que nosotros dedicamos toda nuestra vida. Volveremos a nuestro apacible retiro, para seguir traduciendo poetas, estudiando filósofos, conociendo instituciones que en viejos y difíciles manuscritos esperan pacientemente en nuestras bibliotecas la mano piadosa que les sacuda el polvo de los siglos y las muestre a nuestra generación, ávida de conocer estos problemas.

Pero volvemos con la satisfacción de saber que, en la conciencia pública, ya no es el arabista el hombre chiflado que se dedica a estudiar cosas tan raras como inútiles; sino que entramos en el número, que ya forma legión, de los españoles amantes de su patria, que demuestran su amor trabajando porque se la conozca; y satisfechos además de que por todo el mundo culto se reconozca algo tan indiscutible como la influencia que los musulmanes españoles ejercieron en la cultura y civilización española y europea. Y si por raro caso de anacronismo científico todavía quedara alguien, que, encastillado en sus prejuicios, despreciara a los musulmanes, como si sólo se tratara de una especie de chusma vil y plebeya, indigna de contar para nada en la historia del pensamiento humano, a esos que tal creyeron, bastaría mostrarles la Mezquita de Córdoba, o la arqueta de Pamplona, o el *Libro del amor* de Abenházam, o los *Comentarios* de Averroes, o la novela de Aventofail, o la música de las *Cantigas*, o los zéjeles de Abencuzmán, o la medicina de Abulcasis, y decirles: eso lo han hecho los musulmanes españoles.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA



